CUADERNILLO DE TRABAJO

Textos de estudio

Nueva Constituyente Ciudadana Popular
NCCP

Nueva Constituyente Ciudadana Popular

INDICE

	Págs.
Ejército Libertado y movimiento libertario magonista *Francisco Pineda Gómez*	3
Anticapitalismo y problemas de la hegemonía *Fernando Martínez Heredia*	23
El mensaje de jTatic Raúl Vera en Alpuyeca, Mor.	29
Participación de jTatic Raúl Vera en Huitiupan, Chis.	33
La Nueva Constituyente en el centerario de la Constitución	35

Ejército Libertador y movimiento libertario magonista[1]

Francisco Pineda Gómez[2]

> Cualquiera que tenga memoria recordará que este movimiento empezó con los acontecimientos de Cananea y Río Blanco [...].
>
> ¿Cómo se quiere –después de que nuestras huelgas las hemos visto disolver a caballazos– no entrar al principio clarísimo de libertad de asociación para la clase trabajadora? ¿Cómo se puede ser revolucionario sin admitir esa libertad?
>
> El sindicalismo lo introduciremos pese a quien pese, por medio de la propaganda y por medio de la acción directa, de la acción brutal y tremenda de los trabajadores que se impondrán a pesar de todo. Porque en esta vez se han emancipado y ellos mismos tienen derecho a vivir y tendrán que emanciparse por encima de todos los gobiernos.
>
> Antonio Díaz Soto y Gama, Ejército Libertador.[3]

Generalmente, consideramos que las luchas obreras de 1906 y 1907 solamente fueron precursoras de la revolución y creemos que el movimiento comenzó el 20 de noviembre de 1910. Pero, en mi opinión, la idea que expuso Soto y Gama —que el movimiento revolucionario fue iniciado por las luchas obreras de Cananea y Río Blanco— nos ofrece la posibilidad de considerar la revolución mexicana desde el punto de vista de la revolución social.

Es decir, al abordar la experiencia histórica desde la irrupción de los obreros y los campesinos, las posibilidades de su convergencia y sus dificultades, podemos tener un panorama diferente al de la his-

[1]El siguiente texto son fragmentos seleccionados del texto original.

[2]Profesor investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

[3]Antonio Díaz Soto y Gama, Ejército Libertador, sesión del 24 de marzo de 1915, versión taquigráfica en Florencio Barrera Fuentes, *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1965, t. III, pp. 401 y 404.

toria oficial individualista, centrada en el desfile de algunos personajes: Porfirio Díaz, Madero, Victoriano Huerta, Carranza, etcétera.

El punto de vista de la revolución social nos permite, además, analizar las relaciones del magonismo y el zapatismo, como formaciones organizativas de la lucha protagonizada por los obreros y los campesinos.

En perspectiva, la derrota de obreros y campesinos, del magonismo y el zapatismo, hace posible comprender el resultado final del proceso y sus connotaciones contrarrevolucionarias: las masacres y la cárcel, la intervención imperialista de Estados Unidos y el genocidio racista.

1911. La rebelión de los pueblos del sur

Considero que es necesario no perder de vista aquellos aspectos que hacían semejante la lucha magonista y la zapatista; en especial, el objetivo, la liberación social de los oprimidos, y el medio para alcanzar tal propósito: el derrocamiento de la dictadura de Porfirio Díaz. Tal semejanza del magonismo y el zapatismo fue la condición necesaria para que, entre ambos movimientos, fuera posible establecer una relación fraterna y revolucionaria.

Trataré de mostrar el despliegue de la revolución campesina de México, desde la perspectiva de la unidad. Es decir, cuáles fueron las condiciones que hicieron posible la irrupción de esa fuerza; en especial, qué datos pudieran ayudarnos para entender cómo fue posible que los levantamientos locales multitudinarios se unificaran.

En Milpa Alta, Distrito Federal, igual que en Tlaquiltenango, Morelos, y en la mixteca de Oaxaca y Guerrero, el movimiento revolucionario comenzó temprano. Desde los primeros días del mes de febrero de 1911, los pueblos de Milpa Alta se levantaron, en protesta contra los impuestos arbitrarios que implantó el gobierno. Hubo enfrentamientos violentos con las fuerzas de la dictadura y —según se dijo— también hubo cierta convergencia con los obreros de la fábrica de Miraflores, que estaban en huelga. Así que los habitantes de distintos pueblos de la zona manifestaron que los huelguistas se habían armado y habían anunciado que marcharían hacia Milpa

Alta y Xochimilco.

La posibilidad de esa presencia obrera levantó los ánimos durante una asamblea, celebrada en la plaza de Milpa Alta. Ahí, la población expresó abiertamente sus sentimientos contra el gobierno y, en seguida, intervino la policía para dispersar a la multitud. Se produjeron enfrentamientos durante días y, poco después, apareció un grupo insurgente armado en la región. Simultáneamente, otros contingentes rebeldes fueron reportados en Tizapán y Contreras, al sur de la capital de la república. En la ciudad, se informó que los rebeldes habían tomado Oztotepec, Milpa Alta, la noche del 20 de febrero de 1911.

Ricardo Flores Magón, agudo observador de la situación política, escribió inmediatamente dos artículos para destacar la importancia de los levantamientos populares en el sur del Distrito Federal. Al hacer el recuento de los acontecimientos nacionales, en una nota de plana completa, reseñó el fuego insurreccional que se propagaba en las proximidades de la ciudad de México.

> La revolución ha tomado tal incremento que las columnas revolucionarias operan sin ser molestadas en las orillas de la ciudad de México, en el Distrito Federal, donde tiene su asiento el trono caduco que está para caer. En Milpa Alta, Contreras y Tizapán, las fuerzas insurgentes traen desveladas y azoradas a las pusilánimes autoridades que ven acercarse el fin de su funesto dominio.
>
> Ricardo Flores Magón.[4]

A la semana siguiente, el sábado 11 de marzo, Flores Magón difundió la noticia de la ocupación rebelde de Oztotepec, Milpa Alta, Distrito Federal.[5] Ese día, también estallaba la rebelión en la plaza de

[4] Ricardo Flores Magón, "En las meras narices de Porfirio Díaz estalla la revolución. EL fuego insurreccional se propaga en las goteras de la ciudad de México", *Regeneración*, 4ª. Época, n. 27, 4 de marzo de 1911.

[5] Ricardo Flores Magón, "Porfirio Díaz llora lágrimas de sangre convencido de su impotencia para dominar la rebelión", *Regeneración*, 4ª. Época, n. 28, 11 de marzo

Villa de Ayala, Morelos. Los insurgentes encabezados por Emiliano Zapata, Rafael Merino y Próculo Capistrán desarmaron a las fuerzas del gobierno y cortaron los hilos telefónicos y telegráficos. Según el periódico Tiempo de México, Zapata exhortó al pueblo y sintetizó los propósitos de la lucha con las palabras propagadas por el magonismo: "Tierra y Libertad". Otilio Montaño, por su parte, gritó la consigna de la otra revolución que recién comenzaba: ¡Abajo haciendas! ¡Viva pueblos![6]

No fue una queja ni una petición, fue la proclama de guerra del sur. Los campesinos tomaron las armas para desafiar una larga historia de humillación, despojo y explotación. En una sola acción, su voz y su mano empuñada retaron también a la dictadura porfirista.

En 1911, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, protagonizaron levantamientos multitudinarios locales en gran parte del sur y el centro de México. Las acciones directas eran frecuentes por todos los rumbos, en especial, contra las haciendas azucareras, fábricas textiles y grandes comercios de la zona; los archivos municipales se incendiaban, las cárceles eran abiertas, los trabajadores presos fueron liberados; capataces y caciques, azotados. La gente gritaba embravecida: ¡Muera el Supremo Gobierno!

La bola zapatista tuvo un rasgo que será de gran importancia para alcanzar la unidad. No fueron sublevaciones locales fijas, es decir, levantamientos que permanecieran en su propio lugar de origen, a la defensiva y relativamente aislados.

La bola iniciaba con levantamientos locales multitudinarios, se formaba una columna rebelde —como la de Zapata, Tepepa y tantos otros— que se desplazaba de pueblo en pueblo. Así, en movimiento y a la ofensiva, se ligaron los insurrectos de diferentes localidades y regiones. Esos desplazamientos potenciaron la fuerza de cada levantamiento local y, al mismo tiempo, las columnas se fortalecieron.

El proceso de la ofensiva fue así, sucesivamente: sublevación, incremento de fuerza, movimiento.

---

de 1911.

[6] "Tierra y Libertad", *Tiempo de México*, n. 25, México, noviembre de 1910 a junio de 1911, reedición facsimilar de la Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas de la SEP, 1982.

Pero, al aumentar los contingentes populares, se impuso la necesidad de alcanzar objetivos logísticos de mayor envergadura. En la medida que la tropa revolucionaria era mayor, también crecía la necesidad de víveres, armamento, municiones y caballada. A las dos semanas del levantamiento de Villa de Ayala, se volvió necesario —y también posible— alcanzar objetivos mayores para abastecerse.

El 24 de marzo, los insurrectos tomaron la ciudad de Jojutla (hoy devastada por el terremoto). Esa acción fue posible por la convergencia de distintas columnas rebeldes.

Así pues, podemos considerar que la bola en movimiento, la multitud insurrecta de pueblo en pueblo, fue la primera instancia de unidad en la revolución del sur. Éste fue un rasgo fundamental del zapatismo, pues representa la unidad en la lucha misma, en la práctica insurgente y en el seno del pueblo.

El reto al poder, pueblo por pueblo, tuvo un efecto electrizante. La bola generó una experiencia popular inédita. Al resarcir las humillaciones sufridas por tanto tiempo, al liberar la rabia contenida, la acción y la palabra insurrecta provocaron la sensación de orgullo y exaltación. "Por eso, todos íbamos gustosos al combate: vamos a acabar con esos desgraciados", recordó, en Zacatepec, el capitán 1° del Ejército Libertador, José Alarcón Casales.[7]

Para muchos, como Emiliano Zapata, esa experiencia fue un paso irreversible y generó un violento rechazo a las traiciones y a las componendas.

Inmediatamente después de la toma de Jojutla, se produjo el siguiente paso de la unidad. Los principales jefes de diferentes regiones se reunieron en Jolalpan, Puebla, y fundaron el Ejército Libertador. Por unanimidad, eligieron a Emiliano Zapata como jefe supremo y se otorgó el grado de coronel a 14 jefes de grupo.

El lugar de origen de estos combatientes constituye un indicio para observar la unificación de los levantamientos locales. Los primeros jefes del Ejército Libertador nacieron en Anenecuilco, Cuautlixco,

[7] Entrevista con el capitán 1° José Alarcón Casales, Ejército Libertador, realizada por Salvador Rueda y Laura Espejel, en Zacatepec, Morelos, el 4 de mayo de 1975. Proyecto de Historia Oral del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

San Pablo Hidalgo, Santa Rosa Treinta, Tlaltizapán y Tlaquiltenango, por el Estado de Morelos. Huachinantla, El Organal y Petlalcingo, por el Estado de Puebla; así como Huitzuco, por el Estado de Guerrero.

Pueblos y Ejército Libertador: por la tierra, los pueblos contra las haciendas, y por la libertad, los insurgentes contra la dictadura. ¡Abajo haciendas! ¡Muera el supremo gobierno! Era una sola lucha y no hay secreto en eso, pero fue algo excepcional.

La bola en movimiento se constituyó, por sí misma y de inmediato, en Ejército Libertador. Este paso al frente potenciará, aún más, el carácter ofensivo de la lucha emprendida.

La mañana del 20 de mayo, luego de una semana de difícil combate, el Ejército Libertador tomó Cuautla; estableció nuevas autoridades y los campesinos empezaron a organizarse para recuperar sus tierras de manos de las haciendas. Ésa fue la consecuencia más inmediata de los levantamientos masivos, la unidad y la victoria.

Sólo habían transcurrido diez semanas, desde El Grito de Ayala; o bien, 14 semanas desde que comenzaron las sublevaciones multitudinarias de febrero de 1911. En este breve lapso, la multitud insurrecta y triunfante percibió, por experiencia directa, que los humildes en realidad son fuertes y, los poderosos, débiles.

Emiliano Zapata expresará esta enseñanza de la lucha, en un manifiesto posterior: "En esta gran pugna de los muchos contra los pocos, de los hombres trabajadores contra los amos holgazanes… es formidable el empuje de los oprimidos cuando se deciden a hacerse justicia, con las armas en la mano".[8]

Esa fue una de las principales lecciones de la lucha revolucionaria. La toma de Cuautla tuvo una significación especial, porque el pueblo levantado, unido y organizado derrotó, en difícil combate, a uno de los regimientos más afamados de la dictadura porfirista, el "Quinto de Oro", a Cuerpos Rurales, a un contingente del "Batallón de la Muerte" del ejército federal y a la policía.

La victoria popular de Cuautla y la inmediata renuncia de Porfi-

[8] Emiliano Zapata, *Manifiesto al pueblo mexicano*. Tlaltizapán, Morelos, 29 de mayo de 1916, Fondo Gildardo Magaña 27, 5, 56 (antigua clasificación).

rio Díaz reafirmaron la percepción de la fuerza insurgente.

En suma, el año de 1911 sucedió lo extraordinario: las luchas locales se unificaron y surgió el Ejército Libertador de la revolución campesina. La revolución social logró desplegar una campaña militar victoriosa, hasta que se alcanzó el derrocamiento de la dictadura porfirista; el medio necesario para el objetivo de liberación social, señalado por magonistas y zapatistas.

En este proceso, la unidad en la lucha se manifestó bajo dos formas.

En un inicio (febrero-marzo), fue la bola en movimiento; levantamientos multitudinarios de pueblo en pueblo, despliegue ofensivo con incremento continuo de la fuerza insurrecta.

La energía de cada estallido local no permaneció en su punto de origen, como si fuera energía estática. Sino que se trasladó hacia el siguiente estallido donde, a la vez que favorecía al nuevo levantamiento, aumentaba la potencia de la propagación y, en seguida, avanzaba sobre un nuevo objetivo. Así, sucesivamente, hasta llegar al punto culminante de la toma de Cuautla.

En conjunto, la unificación de fuerzas generó un gran movimiento popular insurgente, la revolución campesina de México. En los campos de batalla, los trabajadores del campo insurgentes incrementaron sus saberes. Observaron, por experiencia propia y directa que —a pesar de grandes dificultades— los humildes se hicieron fuertes y los poderosos débiles. Vieron cómo los fastuosos hacendados huyeron, igual que las tropas "invencibles" de la dictadura; vieron cómo los administradores, capataces, jefes políticos y caciques, otrora déspotas, frente al levantamiento popular se mostraban implorantes. Nadie convenció de eso a los zapatistas, ellos mismos lo habían logrado.

El conflicto nuclear de la revolución del sur, entre las haciendas y los pueblos, puede considerarse también como la confrontación violenta entre la economía capitalista del azúcar, con sus formas de opresión colonial, y la economía mesoamericana del maíz, con sus formas de autoorganización y vocación de libertad.

Pero a diferencia de lo que sucedió en otras regiones azucareras del mundo; en Morelos, la instalación de tecnología moderna no produjo un dispositivo dominante con dos clases, el terrateniente y el industrial.

Aquí, se aplicó la maquinaria moderna de gran industria al régimen agrario colonial. Esto engendró una clase dominante combinada —terrateniente y capitalista industrial a la vez— con métodos exacerbados de superexplotación del trabajo, racismo, despojo y violencia.

La nueva capacidad productiva instalada en los ingenios azucareros demandaba incrementar considerablemente el volumen de la materia prima y la fuerza motriz.

En consecuencia, la siembra de maíz fue atacada violentamente para establecer nuevas plantaciones de caña. Los campesinos fueron despojados del agua, con el propósito de abastecer las nuevas obras de riego en los cañaverales. Y aumentó el despojo de los bosques, con el fin de proporcionar carbón y leña a las haciendas.

En la molienda, sin embargo, los hacendados no realizaron mayores cambios tecnológicos. Descargaron el peso del esfuerzo mayor sobre los trabajadores, intensificando el grado de superexplotación.

Bajo esta situación, el conflicto de cuatro siglos explotó, en la era industrial, y se produjo una enorme revolución social. El sistema de dominación, sustentado en el mando único del hacendado —al mismo tiempo, terrateniente y burgués industrial—; este sistema racista y machista, usurpador y explotador, también forma parte de las condiciones que hicieron posible la unidad de los levantamientos locales multitudinarios.

Todos tenían un enemigo común. Así se manifestaba la polaridad social del conflicto, el sustrato capitalista de la sublevación del pueblo. La unidad de los insurrectos no fue artificial.

Las mujeres y los hombres, campesinos de la milpa y jornaleros del cañaveral; obreros del ingenio azucarero, carboneros del monte y pueblos despojados del agua, tenían un enemigo común que vencer, el hacendado y su aparato: administradores, capataces y bandas pa-

ramilitares, respaldados por jefes políticos, caciques, curas, ejército federal, cuerpos rurales y el propio dictador, Porfirio Díaz, suegro del dueño de la hacienda de Tenextepango.

Así, con el doble movimiento de la mirada —sobre el contexto específico del capitalismo industrial y sobre la historia larga de la colonialidad del poder— es posible apreciar la articulación de las luchas del campo y la fábrica, la convergencia de mujeres y hombres, en contra de aquel régimen de explotación, humillaciones y despojo.

El Plan de Ayala se convirtió en un polo atractor revolucionario y, así, el Ejército Libertador jefaturado por Emiliano Zapata engrosó sus filas con jefes y contingentes armados de los más diversos estados de la república. Varios antiguos militantes magonistas fueron un aporte especial y su influencia se aprecia en documentos fundamentales del zapatismo, como el Acta de Ratificación del Plan de Ayala, lanzada en Oztotepec, Distrito Federal, a mediados de 1914.

Si observamos detenidamente la lista de los jefes zapatistas que firmaron el Acta de Ratificación, tenemos que 14 eran originarios de Morelos, 9 de Guerrero, 6 de Puebla, 3 del Estado de México, 1 del Distrito Federal, 1 de Hidalgo, 1 de Sinaloa, otro de San Luis Potosí, 1 de Veracruz y, por último, uno más de Zacatecas.

Estos revolucionarios expresaban la decisión de liberación social en la república mexicana. Con su lucha y con sus firmas sostuvieron, ahí, en el Acta de Ratificación del Plan de Ayala lo siguiente:

> La revolución debe proclamar altamente que sus propósitos son en favor, no de un pequeño grupo de políticos ansiosos de poder, sino en beneficio de la gran masa de los oprimidos y que, por lo tanto, se opone y se opondrá siempre a la infame pretensión de reducirlo todo a un simple cambio en el personal de los gobernantes, del que ninguna ventaja sólida, ninguna mejoría positiva, ningún aumento de bienestar ha resultado ni resultará nunca a la inmensa multitud de los que sufren.
>
> Acta de Ratificación del Plan de Ayala, Ejército Libertador.[9]

[9] Ejército Libertador, Acta de ratificación del Plan de Ayala, San Pablo Oztotepec, Distrito Federal, 19 de julio de 1914; múltiples ediciones, dominio público.

Entre muchos otros aspectos, más decisivos, una de las semejanzas entre el Partido Liberal Mexicano y el Ejército Libertador, es el de los lemas. En el caso del Programa magonista de 1906, el lema fue: Reforma, Libertad y Justicia. A partir de 1912, el lema zapatista fue: Reforma, Libertad, Justicia y Ley.

Se ha dicho que, por eso, los zapatistas eran legalistas. Pero no fue así, ni en la práctica ni en el discurso. Observemos cuidadosamente.

> Declaramos a susodicho Francisco I. Madero, inepto para realizar las promesas de la revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la voluntad del pueblo y pudo escalar el poder; incapaz para gobernar por no tener ningún respeto a la ley y a la justicia de los pueblos [repito, la ley y la justicia de los pueblos, no la ley del Estado]… y desde hoy comenzamos a continuar la revolución principiada por él, hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen.
>
> Se desconoce como jefe de la revolución al señor Francisco I. Madero y como presidente de la República por las razones que antes se expresan, procurándose el derrocamiento de este funcionario.
>
> Plan de Ayala.[10]

En 1915, Antonio Díaz Soto y Gama, ex magonista, fue el representante de Emiliano Zapata en la Convención Revolucionaria de la ciudad de México. En dos sesiones de la Convención, el 2 de febrero y el 6 de julio de 1915, el licenciado Soto y Gama expuso del siguiente modo la cuestión de la revolución y la ley.

> Debemos venir a los verdaderos principios: la tierra es de quien la trabaja… Los golpes se han de dar revolucionariamente, por encima de todas las leyes.

[10] Ejército Libertador, Plan de Ayala, múltiples ediciones.

> ¡La revolución se hace fuera de la ley y fuera de los códigos!…
>
> La revolución procede [así]… primero, la revolución quita las tierras y echa por tierra a los caciques y a los enemigos; después, vienen las leyes que son la expresión de los hechos que ya se consumaron.
>
> Antonio Díaz Soto y Gama.[11]

Por su parte, Ricardo Flores Magón, quien estudió la carrera de Leyes en la Universidad Nacional, escribió lo siguiente en el artículo de 1916, "Los ilegales".

> El verdadero revolucionario es un ilegal por excelencia. El hombre que ajusta sus actos a la Ley podrá ser, a lo sumo, un buen animal domesticado; pero no un revolucionario…
>
> Pretender que la revolución sea hecha dentro de la Ley es una locura, es un contrasentido. La Ley es un yugo, y el que quiera liberarse del yugo tiene que quebrarlo.
>
> Ricardo Flores Magón.[12]

No fue casual que hubiera semejanzas y diferencias entre el magonismo y el zapatismo. Ambos fueron movimientos revolucionarios de la misma época; el primero, más representativo de las luchas obreras; y el segundo, de las luchas campesinas.

---

[11] Antonio Díaz Soto y Gama, Convención Revolucionaria, sesión del 2 de febrero de 1915, versión taquigráfica en Florencio Barrera, op. cit., tomo II, p. 166.

[12] Ricardo Flores Magón, "Los ilegales", *Regeneración*, n. 242, 12 de agosto de 1916. Advertencia: en la edición que publicó Grijalbo se alteró la fecha de este artículo, como si hubiera sido publicado en septiembre de 1910 y, además, se mezclaron algunas frases de una nota de 1910 con el cuerpo del artículo "Los ilegales" publicado en 1916.

Manifiesto magonista y Plan de Ayala

Dos meses antes de la proclama del Plan de Ayala, el 23 de septiembre de 1911, el Partido Liberal Mexicano lanzó el manifiesto que será, en adelante, su bandera de lucha. Este manifiesto fue decididamente ácrata.

> No hay que esperar nada bueno de los gobiernos… La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.
>
> No hay que limitarse a tomar tan sólo posesión de la tierra y de los implementos de agricultura: hay que tomar resueltamente posesión de todas las industrias por los trabajadores de las mismas, consiguiéndose de esa manera que las tierras, las minas, las fábricas, los talleres, las fundiciones, los carros, los ferrocarriles, los barcos, los almacenes de todo género y las casas queden en poder de todos y cada uno de los habitantes de México, sin distinción de sexo.
>
> [Estando] dividida la humanidad en dos clases sociales de intereses diametralmente opuestos: la clase capitalista y la clase trabajadora… entre estas dos clases sociales, no puede existir vínculo alguno de amistad ni de fraternidad.
>
> Manifiesto del Partido Liberal Mexicano.[13]

De manera semejante, el Plan de Ayala planteó un programa de lucha cuyo núcleo principal está orientado a cambiar el régimen de propiedad imperante. Restitución de las tierras, montes y aguas que fueron usurpadas a los pueblos y defensa de las mismas con las armas en la mano; confiscación de las propiedades a los poderosos monopolizadores y nacionalización de bienes a los enemigos de la revolución.

Pero a diferencia del manifiesto magonista del 23 de septiembre de 1911, el Plan de Ayala señaló que, al triunfo de la revolución, "una Junta de los principales jefes revolucionarios de los diferentes Esta-

[13] Partido Liberal Mexicano, Manifiesto al pueblo de México, *Regeneración*, 4a. época, núm. 56, Los Angeles, California, 23 de septiembre de 1911.

dos, nombrará o designará un presidente interino de la República, que convocará a elecciones para la organización de los poderes federales".

Al principio —en el Plan de Ayala— sólo se habló de la monopolización de las tierras y sólo se haría la expropiación de una tercera parte, debido a que "la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son mas dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria, sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o la agricultura, por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas".

Después, el Ejército Libertador incluyó los monopolios de todas las riquezas, desde el ganado hasta el petróleo, y eliminó la restricción de confiscar sólo una tercera parte.

La expropiación de los monopolios, en ese tiempo, fue una proclama revolucionaria inédita. Para apreciar su importancia, basta considerar que apenas, en 1910, se había elaborado la teoría del capitalismo sustentado en los monopolios (Rudolf Hilferding, El capital financiero). Incluso, ahora, confiscar los monopolios sería una propuesta extraordinaria porque nadie levanta esa tarea.

En cuanto a la nacionalización, considero necesario señalar que esta tarea del Plan de Ayala se llevó a la práctica en 1915, cuando el Ejército Libertador tuvo mayor fuerza y controló un amplio territorio, incluyendo la capital del país.

En ese año, los zapatistas nacionalizaron los 34 ingenios azucareros que había en el Estado de Morelos y establecieron las Fábricas Nacionales de la revolución campesina.

El general Serafín Robles, secretario personal de Emiliano Zapata, describió cómo fue el comienzo de las Fábricas Nacionales, en la ex hacienda de Hospital, cerca de Cuautla.

> El general Zapata, hombre habituado al trabajo, dispuso que por cuenta de la revolución trabajaran los ingenios…
>
> Todo el personal se escogió entre los hombres que acompañaban a Zapata en su lucha. Empezó la zafra y la molienda

en medio de la mayor alegría… ¡Qué bello espectáculo se presentaba a nuestra vista! Todo era bullicio, ir y venir de gente, ruido de maquinaria en movimiento y el chacuaco lanzando humo…

El general Zapata no se daba punto de reposo. Ahora, Emiliano Zapata no daba órdenes de guerra, sino de trabajo. Ahora no dirigía soldados, sino obreros y campesinos.

Las utilidades que al ingenio producía la elaboración del azúcar y del alcohol, se destinaban al sostenimiento de las tropas y a socorrer a las personas pobres o enfermas… A poco tiempo vino la guerra con el carrancismo, debiéndose al general Pablo González la total destrucción de los ingenios de Morelos.

General Serafín Robles,
Ejército Libertador.[14]

Así iniciaron las Fábricas Nacionales de la revolución del sur. El general en jefe del Ejército Libertador, un campesino, dirigió a los obreros y organizó la producción. La significación histórica de esta experiencia rompe con prejuicios milenarios que se han impuesto en contra de los trabajadores del campo.

Hace un siglo, los zapatistas levantaron un principio revolucionario que tiene vigencia total, en nuestros días. La tierra no solamente es la superficie, también es el subsuelo. Los trabajadores "todos debemos ser dueños de la tierra lo mismo que del subsuelo". En 1915, el general zapatista José Sabino Díaz propuso a la Convención de México nacionalizar el petróleo.

José Sabino Díaz fue hijo de un panadero, que llegó a trabajar al pueblo de Tlalancaleca, Puebla. Luego, el joven llegó a estudiar Leyes, en la Universidad Nacional. Ahí se volvió juarista y se adhirió al Ejército Libertador.

Su argumento para nacionalizar el petróleo, en 1915, fue así. Primera premisa, la república mexicana es una de las primeras naciones

[14] General Serafín M. Robles, "El zapatismo y la industria azucarera", *La Prensa*, México, 6 de junio de 1936.

del mundo como productora de petróleo. Igualmente está reconocido que el petróleo es un artículo de primer orden, dada su importancia en las aplicaciones que tiene en las industrias modernas. Segunda, no es equitativo que un país que tiene tales fuentes de riqueza sólo pueda percibir un 20 por ciento de la producción total y menos aún en los críticos momentos actuales. En conclusión, el gobierno convencionista debe incautar la explotación del petróleo.

Allí también estaban presentes las enseñanzas juaristas. Textualmente, el general de brigada José Sabino Díaz escribió a Zapata:

> Con ello [la nacionalización del petróleo] se remediará la actual situación, salvándose a la patria; recordando las célebres frases del licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, cuando nuestra querida patria se encontraba en peligro por la intención de Maximiliano de Habsburgo, "ahora o nunca".
>
> Pues dadas las actuales circunstancias, o salvamos a México con el petróleo o lo habremos perdido para siempre.
>
> General de brigada José Sabino Díaz,
>
> Ejército Libertador.[15]

Es preciso tener muy presente esa enorme experiencia histórica de los campesinos mexicanos que emprendieron la revolución, crearon su propio Ejército Libertador y establecieron las Fábricas Nacionales de México. Esto no es cualquier cosa. No fueron fábricas organizadas y administradas por el Estado. Fueron Fábricas Nacionales de los campesinos y los obreros zapatistas. Si consideramos la historia mundial, observaremos que las Fábricas Nacionales de la revolución campesina de México es una experiencia excepcional, hasta nuestros días.

1915. Iniciativa zapatista para nacionalizar el petróleo e instauración de las Fábricas Nacionales. Allí tenemos dos ejemplos notables

[15] El general de brigada José Sabino Díaz a Emiliano Zapata, Ejército Libertador; copia de la iniciativa de expropiación petrolera enviada a la Convención. San Rafael Ixtapalucan, Puebla, 10 de febrero de 1915. Fondo Emiliano Zapata 5, 1, 94-95.

de la estrategia zapatista de nacionalización de bienes que proclamó el Plan de Ayala, desde 1911. Luego, cuando el ejército carrancista llevó a cabo la primera invasión de Morelos, en 1916, destruyó los ingenios azucareros y acabó con esa experiencia de la revolución campesina de México.

Al comienzo de aquel año de 1915, además, se abrieron las posibilidades para que hubiera una relación más estrecha (territorial) entre el magonismo y el zapatismo.

La Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano designó a Antonio de P. Araujo para que visitara 16 Estados de la república, con el fin de buscar la unificación de los métodos revolucionarios y lograr la unidad entre los movimientos insurgentes del país. Araujo visitó Morelos y sostuvo diálogos con Emiliano Zapata y otros jefes revolucionarios.

El general en jefe del Ejército Libertador puso a disposición del periódico Regeneración todo el papel que necesitara, para publicar el semanario ácrata en territorio zapatista. Ricardo Flores Magón recibió con gusto las noticias del sur y alentó a sus camaradas a no desmayar. Escribió un artículo titulado "La muerte del sistema burgués", en donde sintetizó el informe que Araujo rindió a su regreso. Dijo, el triunfo es cuestión de que el movimiento mexicano tenga más duración para madurar. No desmayemos compañeros, ¡Adelante! Las dificultades de la guerra, sin embargo, impidieron que ese proyecto zapatista y magonista de Morelos se concretara.

> Araujo encontró personificadas en el revolucionario suriano la buena fe y la abnegación, dualidades indispensables para ser un buen revolucionario. Emiliano manifestó a Antonio, que no tiene otro interés que el bienestar de la clase trabajadora, y estas sencillas palabras, dichas por un hombre sencillo, tenían su confirmación allí mismo, con hechos, con grandes hechos…
>
> No vio los rostros angustiados de los trabajadores a jornal, sino las caras satisfechas de hombres y de mujeres que no conocen amo. Las haciendas que visitó Araujo, las encontró en manos de los antiguos peones, quienes las trabajan libremente,

habiendo huido los burgueses "dueños" de ellas ante el pueblo rebelado… En los pueblos no hay policías, y, por lo mismo, en ellos reina el orden. No habiendo ricos, no hay necesidad de policías...

Emiliano, en las sabrosas pláticas que tuvo con Antonio sobre el porvenir de la revolución, hizo patente una vez más su amistad hacia los miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, y nos envió palabras de aliento para que no desmayemos en la lucha que tenemos emprendida.

Emiliano desea con entusiasmo la formación de colonias comunitarias, compuestas de miembros del Partido Liberal Mexicano, en el territorio controlado por sus fuerzas… La dificultad para las comunicaciones, debida al estado caótico en que se encuentra el país, ha impedido que la colonización se haya llevado a cabo.

La visita del compañero Araujo al luchador suriano, ha servido para fortalecer lazos de unión que siempre han existido entre el movimiento del sur y el Partido Liberal Mexicano, así como para precisar y robustecer los puntos de contacto de las dos tendencias; puntos de contacto con la base sólida de una obra de unificación revolucionaria en todo el país, que va tomando forma según el tiempo pasa, que va precisándose con el ejercicio de métodos verdaderamente revolucionarios y las lecciones saludables de la experiencia.

En su misión de procurar la unificación de los métodos revolucionarios, Araujo ha recorrido 16 estados de los que componen la nación mexicana, y el estudio de sus observaciones robustece la esperanza de todos los que deseamos que aquella lucha formidable del pobre contra el rico, no degenere en una obscura contienda de aspirantes a puestos públicos, sino que de progreso en progreso termine con la muerte completa del sistema capitalista.

Ricardo Flores Magón.[16]

[16] Ricardo Flores Magón, "La muerte del sistema burgués", *Regeneración*, n. 206, Los Angeles, California, 2 de octubre de 1915.

* * *

Estaba naciendo el imperialismo norteamericano. La política de Estados Unidos, entre 1898 y 1920, significó 50 intervenciones armadas no encubiertas en todo el mundo. La mayor parte de ellas (30) ocurrieron en América Latina; más precisamente, en México, Centroamérica y el Caribe. El rasgo distintivo de esas acciones fue un doble propósito: derrotar la insurgencia de los pueblos y, así, disputar a otras potencias dominantes el reparto del mundo.

La intervención militar de Estados Unidos en la Revolución Mexicana fue constante: En 1911, para la caída de Porfirio Díaz, el imperio movilizó 20 mil soldados a la frontera de México. Para la caída de Francisco Madero, en 1913, Washington amenazó con invadir México y desplazó barcos de guerra frente al puerto de Veracruz. Luego, en 1914, para la caída de Victoriano Huerta, el ejército yanqui invadió México y realizó la mayor movilización de la flota de guerra que hubiera hecho hasta ese momento. En 1916-1917, las tropas yanquis volvieron a invadir México en campaña para aniquilar al villismo; mientras que, en el sur, los carrancistas invadieron Morelos buscando aniquilar al zapatismo.

> Al pueblo uruguayo
>
> Tropas yanquis han invadido México, patria hermana de nuestra patria.
>
> Después de Puerto Rico, después de Cuba, después del desmembramiento de Colombia, el pueblo de Monroe… se presenta ahora como el blondo Tartufo de la política internacional.
>
> Para protestar contra ese acto de cesarismo vejatorio, invitamos a todo el pueblo a una manifestación, sintiéndonos solidarios por la comunidad de triunfos en lo pasado, de aspiraciones en lo presente y de victorias en lo porvenir.
>
> ¡Viva México!
>
> ¡Viva la América Latina![17]

[17] Manifiesto al pueblo uruguayo, revista *Tabaré*, Montevideo, Uruguay, abril de

La manifestación contra la invasión yanqui, tuvo lugar en el centro de Montevideo, la noche del sábado 25 de abril de 1914. "Mueran los Estados Unidos", coreaba la muchedumbre. En esa movilización de Montevideo, tenemos indicios de tres elementos clave de la situación internacional: la intervención militar del imperio norteamericano en México; la irrupción de los pueblos y la formación de redes de solidaridad y comunicación, en las luchas de liberación.

El otro elemento clave de la situación internacional, en ese periodo, fue la insurgencia de los pueblos y las clases trabajadoras. Y en el curso de esas luchas, los magonistas construyeron redes de comunicación y solidaridad, cuya existencia previa sirvió para la política internacional de los zapatistas.

En 1916, Emiliano Zapata envió al general Jenaro Amezcua a La Habana, Cuba, para realizar tareas internacionales: propaganda, relaciones y apertrechamiento. En febrero de 1918, a tres meses del triunfo de la revolución bolchevique, Emiliano Zapata envió a Jenaro Amezcua una carta y éste la difundió el 1º de mayo de ese año, en La Habana. Dicho documento expresa el principio decisivo de la política internacional zapatista: el interés supremo de todos los pueblos oprimidos.

Así, la política internacional zapatista dio tres pasos al frente: 1. Intervino en el debate político de esa coyuntura, reconociendo y apoyando públicamente la causa justa de la revolución bolchevique, igual que hiciera Ricardo Flores Magón. 2. Buscó incidir en la práctica rebelde internacional, comunicando una experiencia fundamental de México: la necesaria unidad de los trabajadores del campo y la ciudad. 3. A partir del pronunciamiento sobre la revolución rusa, también, abrió una brecha para ampliar las redes internacionales de los latinoamericanos hacia Europa del Este y Asia. Casi simultáneamente, Ricardo Flores Magón también expresó su esperanza en la revolución rusa.

> Mucho ganaría la humana justicia si todos los pueblos de nuestra América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México revolucionario y la causa de la

1914; citado por Carlos M. Rama, "La revolución mexicana en el Uruguay", *Historia Mexicana*, vol. 7 (2), El Colegio de México, 1° de octubre de 1957, p. 175.

Rusia irredenta, son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos...

Es preciso no olvidar que en virtud y por efecto de la solidaridad del proletariado, la emancipación del obrero no puede lograrse si no se realiza a la vez la liberación del campesino. De no ser así, la burguesía podrá poner estas dos fuerzas la una frente a la otra… Así lo hicieron en México Francisco Madero, en un principio, y Venustiano Carranza últimamente.

Emiliano Zapata.[18]

Nikolái Lenine, el líder ruso, es en estos momentos la figura revolucionaria que brilla más en el caos de las condiciones existentes en todo el mundo; porque se halla al frente de un movimiento que tiene que provocar, quiéranlo o no lo quieran los engreídos con el sistema actual de explotación y de crimen, la gran revolución mundial que ya está llamando a las puertas de todos los pueblos; la gran revolución mundial que operará cambios importantísimos en el modo de convivir de los seres humanos.

Ricardo Flores Magón[19]

[18] Emiliano Zapata a Jenaro Amezcua, Tlaltizapán, Morelos, 14 de febrero de 1918; publicada en *El Mundo*, La Habana, Cuba, 1° de mayo de 1918.
[19] Ricardo Flores Magón, "La revolución rusa", *Regeneración*, n. 262, 16 de marzo de 1918.

Anticapitalismo y problemas de la hegemonía

Fernando Martínez Heredia

El siglo que termina ha sido de profundaos retos y angustias para el capitalismo. Ha sido de inmensas experiencias, de prácticas anticapitalistas trascendentales. Profundas revoluciones políticas cambiaron las relaciones económicas y sociales en sus países en buena parte del mundo, en grados y de modos diferentes. El contraataque del capitalismo contra ellas tuvo éxito porque tanto sus presiones como su peso y atracción culturales resultaron superiores, a mediano o largo plazo. Pero su orden no ha podido reinar en paz. El hecho dramático es que, aún así, las experiencias socialistas han sido superiores a todo el capitalismo del siglo XX. Es cierto que la promesa socialista no fue cumplida, pero el capitalismo de fin de siglo ni siquiera hace promesas.

La victoria del capitalismo ha residido hasta ahora en lograr absorber los movimientos y las ideas de rebeldía dentro de su corriente principal. Lo que ha frenado y hecho retroceder a las revoluciones y a sus ideas ha sido la incapacidad de ir más allá de las condiciones de reproducción "normales" de la vida, de sostener la aventura de la creación de un nueva cultura.

El esfuerzo principal del capitalismo actual está puesto en la guerra cultural por el dominio de la vida cotidiana. Para ganar su guerra cultural, al capitalismo le es preciso eliminar la rebeldía y prevenir las rebeliones; homogeneizar los sentimientos y las ideas, igual los sueños; le es necesario obtener el consenso de la mayoría, incluso de los menesterosos. El capitalismo difunde y exacerba cuatro rasgos: el temor, la indiferencia, la resignación y la fragmentación.

La hegemonía capitalista conserva aspectos que le son muy favorables. El sistema utiliza las tremendas ventajas que le dan el ejercicio y los recursos del poder, ordenamientos legales que lo benefician y argucias, los límites prácticos al ejercicio de la ciudadanía, la cultura de dominación establecida, y hasta la inercia.

La eficacia de lo político en cada país, como dimensión de la vida social, como instrumento de mantenimiento o el cambio del orden y la convivencia vigentes, y como aspecto de la hegemonía de las clases

dominantes sobre la sociedad, sigue dependiendo de la capacidad que muestren los políticos implicados respecto a las coyunturas, a los factores de poder y los grupos de presión, las oportunidades, las alianzas, los intereses, sentimientos e inclinaciones que sean significativos, la historia del medio determinado en que actúa; en suma, a acumulaciones culturales específicas.

Si las mayorías del mundo, oprimidas, explotadas o supeditadas a su dominación, no elaboran su alternativa diferente y opuesta a él, llegaremos a un consenso suicida, porque el capitalismo no dispone de lugar futuro para nosotros.

La política está obligada a transformarse profundamente si aspira a tornarse creíble y digna de conducir al pueblo. La política opuesta al sistema vigente no puede parecerse a la del sistema: debe ser diferente y opuesta. Para ser viable y eficaz, tendrá que emprender el cambio social y de las personas desde las condicionantes culturales existentes y las gigantescas dificultades de hoy, no desde un deber ser especulativo, sectario y estéril, no desde un posibilismo que no será reformismo, sino comparsa política, pieza de la hegemonía y lugar de cooptaciones para la dominación. Si esa política es verdadera, el poder tiene que ser un instrumento del proyecto. Y tendrá que plantear sin temores ni equívocos que lucha por todo el poder, y actuar consecuentemente, porque la cuestión del poder está en el centro de toda política de cambios radicales. La cultura no sustituye a la política, pero si la política por sí sola es insuficiente para mantener los sistemas de dominación, para lograr la liberación es impensable e ineficaz una política que no sea el instrumento de una grandiosa acción cultural.

El problema fundamental es político: ir reviniendo una fuerza social muy amplia, que aprenda a lidiar por los espacios sociales e institucionales imprescindibles para producir cambios, y a romper los límites y obstáculos que se le interpongan. El lograr organizaciones políticas y sociales eficaces, para lo cual es indispensable que sean controladas por las bases populares y que incluso sean rediseñadas periódicamente por ellas. Es luchar siempre por las porciones del poder que sean necesarias, en los más diversos escenarios y con las más distintas tácticas y formas, pero con la vocación irrenunciable de expropiar todo el poder.

Para ser eficaz, la lucha práctica anticapitalista está obligada a combinar propósitos que en la perspectiva tradicional serían "finales" o "máximos", con la actividad cotidiana y con las decisiones coyunturales. La expresión feliz "nuevas formas de hacer política" alude precisamente a hacer política, no a pronunciar referencias vergonzantes o autocríticas crónicas. Transformar radicalmente lo político no es sinónimo de eliminarlo, sino intención de fortalecerlo. La oposición abstracta de lo social a lo político solo sirve en la práctica para negar a un tipo de política: la que se opone al sistema. La novedad consistirá precisamente en ir creando una política superior y más capaz que toda la política anterior, que evite ser el vehículo de la pretensión de poder de grupos dominantes o manipuladores; una política que asuma con eficacia objetivos reales de liberación, anticapitalistas y socialistas.

El problema del proyecto es central para el pensamiento y la acción opuestos a la dominación. El socialismo tiene que resurgir, ahora como creación social, y eso exige proyectos políticos que reconozcan y auspicien el papel creciente de los movimientos sociales en todo el proceso, incluida la actividad política misma. Pero ni el más perfecto proyecto puede lograr esos cambios por iluminación; las organizaciones e ideas actuales solamente existen a través del duro y penoso trabajo cotidiano, y de enfrentar los eventos y retos de hoy, por lo que sus cambios tendrán que partir de esas realidades.

Las alianzas y los bloques populares posibles en este tiempo y en el futuro previsible serán aquellos que sean capaces de reunir medidas que urgen y necesidades identificables, aquellos que porten la emoción que moviliza multitudes y los proyectos de vida por los cuales la gente se motiva más allá de sus intereses inmediatos. Convertir a esos instrumentos que invoco en realidades exigirá esfuerzos tales que los actores de ellos se irán cambiando a la vez a sí mismos.

Es lo normal cuando la unión de protesta y adecuación ya se expresa políticamente en una sociedad que haya quienes se atribuyan la representación del pueblo frente al sistema, como por innatismo, por un destino o una misión. Lo anormal es conducir realmente al pueblo contra el capitalismo, conseguir una unión de planes, líderes, masas, conciencia, organización, sueños, decisión, capaces de barrer con el capitalismo y crear una vida nueva.

Es también normal que la gente viva en su diversidad, y no en la unidad. Lo anormal es la unificación de diversidades. La diversidad no es una argucia o una conspiración de los burgueses, ni es tampoco una bendición para los que luchamos contra el capitalismo. Es una característica de la gente.

La gente vive su cultura, y, por tanto, vive sus culturas. Siempre existe una compleja integración de las formas culturales, con predominio de una estructura que fija lugares, alcances y valoraciones para cada forma, asegurando mediante la dominación cultural que la reproducción de la vida social sea a la vez la de la dominación. Un error de la izquierda es, por ejemplo, no advertir que las mayorías respetan y tienden a acatar las jerarquías.

Rescatar la memoria histórica latinoamericana es imprescindible como parte de la batalla cultural por una nueva política. Pero también lo es no idealizar ni simplificar lo recordado, como si en la remembranza todo fuera rebeldía. El rescate debe incluir el estudio de sus modalidades históricas de subordinación a la dominación, de las formas complejas en que ha retornado el consenso y se ha reformulado la hegemonía de las clases dominantes, después de las protestas y rebeldías, e incluso después de las revoluciones. Es muy importante conocer la memoria histórica de la sumisión, y rescatar la memoria de la adecuación a la dominación es muy importante. ¿Por qué? Porque lo usual no es la rebeldía, lo usual es la sumisión. Si podemos entender cómo la mayoría de la gente se adecua a la dominación, entonces vamos a ganar mucho para nuestra acción en busca de la rebeldía, y de paso, por fortuna, perderemos uno de los malos hábitos de la izquierda, que es su desilusión respecto al pueblo.

Me parece esencial el problema de cómo conectar el "nosotros" con el "muchos" cómo conectar a los "nosotros" con los millones de "muchos". Modificar las escasas relaciones existentes entre los nosotros y los muchos es un problema básico para la conversión de las ideas en movimiento histórico.

La alternativa está obligada a ser radical, para que goce posibilidades de triunfar. Necesita ser democrática, porque solo en el protagonismo y el control popular encontrará fuerza suficiente, identidad, persistencia y garantías contra su propia desnaturalización, y porque debe brindar cauce y espacio a la cultura nacional popular. Como

se trata forzosamente de un largo proceso, la perspectiva socialista puede ofrecer valores y un horizonte para avanzar desde el primer momento hacia una liberación que tiene visos de realización lejana.

La transición socialista, como una época prolongada consiste en cambios profundos y sucesivos de las relaciones e instituciones sociales, por los seres humanos que se van cambiando a sí mismos mientras se van haciendo dueños de las relaciones sociales.

Recrear y crear el concepto de socialismo es un elemento fundamental para nosotros, de cara al siglo XXI. No lo podemos crear solamente a partir de nuestros sueños, pero no podremos crearlo sin nuestros sueños. Sólo aceptando la legitimidad de una dimensión utópica podrá elaborarse el campo intelectual que se necesita. Con utopía quiero nombrar a un más allá posible, mediante la creencia en que es alcanzable y mediante la praxis revolucionaria. La utopía rescata la movilidad de lo posible, la propensión humana a levantarse sobre sus condiciones de existencia y trascenderlas, y su capacidad de prefigurar un mundo mejor.

Sin política socialista no habrá futuro socialista. Pero ella no consiste en que las organizaciones y el poder socialista logren evitar las debilidades y los peligros que supuestamente le aportan el ejercicio del albedrío y los sentimientos de las personas, y el diverso entramado y las inclinaciones de los grupos sociales. Se trata de que las organizaciones socialistas y el poder de los socialistas consideren al albedrío, a los sentimientos, a la diversidad, a las inclinaciones de sus personas, de su gente, como lo que en potencia son: la fuerza suya, el vehículo suyo para la liberación.

Combinar civilización y liberación con franco predominio de esta última, no permanecer en una etapa "intermedia" e indefinida de "construcción del socialismo", son lecciones de las experiencias socialistas del siglo pasado. El proyecto del socialismo para el siglo XXI tendrá que ser mucho más radical y ambicioso que los que han existido. Un socialismo de las personas y para las personas, de los grupos sociales y para ellos. Pero ¿cómo será factible ese socialismo? Sin organización no llegaremos jamás a parte alguna. Entonces se trata de no crear monstruos y llamarle organizaciones, y reverenciarlas como ídolos. Crear instrumentos para que caminen, piensen y sientan el hombre y la mujer que quieren ser libres.

La libertad y el socialismo tienen que ser muy amigos, y si es posible deben tener amores. Luchar por hacer realidad el proyecto socialista, y no por menos, es a mi juicio, imprescindible. Para eso siempre será necesario osar construir un poder de transición socialista, y defenderlo. Tendrán que marchar unidos el poder y el proyecto. No se trata de que uno niegue al otro, pero el primero tiene que estar al servicio del segundo.

La historia tiene sus etapas. Si se deja pasar el tren del cambio histórico, hay que esperar el próximo, y el siguiente tren puede tardar 20 ó 25 años, porque eso trenes no son diarios, ni anuales. Sin esa comprensión no habrá proyecto factible, no habrá organización imbatible, no habrá socialismo. Y aún así, habrá que ser creadores, y esta vez no serán dos o tres iluminados creadores, ni siquiera una pequeña falange heroica de creadores, sino miles o millones de creadores, porque solo así habrá y se mantendrá, esto es, se reformará y se cambiará a sí mismo una y otra vez el socialismo, y se dará un contenido que apenas podemos entrever o soñar hoy.

Mensaje de jTatic Raúl Vera en Alpuyeca, Morelos

19 de agosto de 2017

"Aquí en Morelos está la memoria de un revolucionario como fue Emiliano Zapata que exigió que la tierra debía ser de quien la trabaja, no de los hacendados ni de los ricos. Los poderosos reniegan de eso, porque ellos creen que son los dueños de México, pero no, nosotros, el pueblo, somos los dueños de este país"

Las palabras de Don Raúl son claras y resuenan en todos: religiosos, laicos, cristianos, de cualquier otro credo o quienes no tienen un dios. "Debemos ser como niños, dice el Evangelio, porque los niños no hacen distinción alguna, porque los niños se ayudan entre sí sin importar la distinción social, porque para ellos no existen las barreras entre unos y otros, porque ellos -como debiéramos ser nosotros- son justos entre ellos". La misa de Don Raúl en Alpuyeca, Morelos, no fue una misa "convencional", porque nos han acostumbrado a que las misas sean espacios vacíos de contenido social, de demanda política, de crítica a nuestros gobernantes. Se han convertido en eventos sin reflexión, sin posibilidad de verdadero encuentro, sin capacidad de acción transformadora. Y eso no es casualidad, puesto que desde el Estado han hecho siempre todo lo posible por desestructurar los lazos de comunidad, de convivencia y de lucha. Por eso las figuras de Don Sergio Méndez Arceo, de jTatik Samuel Ruíz o de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, han sido tan criticadas y demonizadas por los sectores más poderosos de la sociedad, porque apostaban a la reconstrucción de aquellos lazos, apostaban a la sabiduría popular, apostaban al crecimiento del espíritu a través de la inclusión de otros credos, otras lenguas, otras culturas. Buscaban que la Iglesia se convirtiera en un lugar de encuentro para la organización de una sociedad más justa, para que el ser cristiano sea el que verdaderamente luche por la liberación de la humanidad.

Hace 40 años Monseñor Romero, San Romero de América, sacerdote salvadoreño y arzobispo de San Salvador, asesinado durante la Homilía del 24 de marzo de 1980, decía:

"Un Evangelio que no tiene en cuenta los derechos de los hombres, un cristianismo que no construye la historia de la tierra, no es la auténtica doctrina de Cristo, sino simplemente instrumento del poder. Lamentamos que en algún tiempo nuestra iglesia también haya caído en ese pecado; pero queremos revisar esta actitud y, de acuerdo con esa espiritualidad auténticamente evangélica, no queremos ser juguetes de los poderosos de la tierra, sino que queremos ser la Iglesia que lleva el Evangelio auténtico, valiente, de nuestro Señor Jesucristo, aún cuando fuera necesario morir como él, en una cruz"

Este ataque contra el poder, esta denuncia contra lo dado como establecido, contra el orden impuesto, contra la obediencia obligada, contra la manipulación de las creencias y el control estatal de nuestras ideas, es una forma de resistencia que ha construido experiencias fundacionales en nuestro país y en el resto de América Latina. La experiencia de Chiapas así lo demuestra y es por eso que la presencia de Don Raúl, su mensaje y su denuncia representa un ataque certero contra la impunidad, la violencia y la desigualdad que reina en nuestro país hoy.

La homilía realizada por Don Raúl en Alpuyeca el pasado Sábado 19 de agosto, bajo la petición de paz y libertad a los miembros de la comunidad, contra el basurero contaminante que el gobierno de Morelos quiere llevar allí, y por la aparición con vida de los 43 estudiantes de Ayotzinapa (el encuentro contó con la presencia de nuestros compañeros padres de los estudiantes desaparecidos de la normal Isidro Burgos), dejó marcas para todos los que allí estuvimos presentes, sin importar de donde viniésemos o en qué creyésemos. A continuación, compartimos algunas de sus palabras, de fuerte

claridad y sencillez, acerca de la verdadera labor que le corresponde a él, como a cualquiera que forme parte de la estructura pastoral y a todos los que queremos que este país cambie, así como también la crítica aguda a quienes nos someten hoy en día:

"No estoy haciendo una cosa distinta a lo que hago en una misa. Yo me acuerdo que de Don Sergio Méndez Arceo, quien fuera Obispo de Cuernavaca, me llamaban la atención lo que eran sus misas: él hacía ver la presencia tensa de Dios. Construir el reino de Dios no es nada más preparar los grupos para trabajar ahí afuera y ya. Construir el reino de Dios es preparar las condiciones para construir la sociedad como Dios quiere, con la dignidad que merece el ser humano, construir la política para que responda al verdadero derecho y justicia para la sociedad. Cristo no vino para hacer una religión que compitiera con otras, vino para que los seres humanos, con la fuerza de su espíritu lucharan contra la injusticia, lucharan contra la mentira, lucharan contra el abuso, para que construyamos un mundo verdadero. Así que lo que estoy haciendo aquí está totalmente ligado a nuestro compromiso como cristianos, como ciudadanos, que es la construcción de un mundo justo. Donde la gente no muera antes de tiempo, por la contaminación del aire y del agua como están haciendo estos salvajes, que deberían ser delegados de nosotros, de nuestra voluntad, pero que sólo responden a los intereses de unos pocos.

No venimos a misa a tomar una pastilla que nos salve, venimos acá para luchar porque este mundo se limpie del pecado, se limpie de la muerte, se limpie de las esclavitudes, para que este mundo se limpie de las desigualdades, de la corrupción política, empresarial, financiera.

Ser un buen cristiano no es ayudar a los pobres una vez por mes. "Yo ya me voy a salvar porque le di una camisa a un anciano". A un anciano que nunca le dieron seguro social, que trabajó como chofer

de una familia rica y se quedó miope y se fue a la calle. Eso es lo que tenemos que arreglar, como dice el Papa: tenemos que pensar desde la mentalidad del reino de Dios. El reino de Dios acontece cuando hay justicia y cuando hay vida digna para todos, cuando hay pensión vitalicia para todos, cuando la gente no se muere antes de tiempo. Si nosotros frente a ese basurero no hacemos nada, y la gente se va a empezar a morir, los niños van a tener leucemia, no estamos cumpliendo con la palabra de Dios.

Merecemos un gobierno que le garantice a todos los habitantes del estado -sin ninguna excepción- una vida con salud, con higiene, progreso, con seguridad, una vida en donde los mismos ciudadanos participando en sus obligaciones se preocupen por construir un ambiente sano, con paz, en la que se le garantice la vida al niño más pequeñito y al anciano más grande pasando por todos los habitantes.

Zapata piensa lo que yo pienso de Graco: estaba loco Porfirio Díaz, sólo él creía que son los dueños de nuestra alma, de nuestra vida, de nuestra tierra. Esa es la ignorancia más supina. La tierra es de quien la trabaja y no de los hacendados, ni de los ricos. Porque ellos creen que son los dueños de México, pero no, nosotros, el pueblo, somos los dueños de este país".

Participación de jTatic Raúl Vera en Huitiupán, Chiapas

11 de noviembre de 2017

Estamos en esta Tierra que nos ha dado Dios, para administrarla en beneficio común, y no en beneficio propio, como hacen los políticos de los partidos y las empresas transnacionales como las mineras, la agroindustria, la industria automotriz, (entre muchas otras grandes empresas y monopolios), y el narcogobierno. Venimos a este mundo para administrar la Tierra en beneficio de todas y todos, como la hacen desde hace siglos nuestros pueblos originarios. Es nuestra raíz indígena, comunitaria, desde donde tenemos que refundar el país; hacer un nuevo gobierno y una nueva constitución desde el pueblo y para el pueblo. Tenemos el respaldo del artículo 39 de la Constitución, que establece que el poder emana del pueblo, y que el pueblo puede cambiar su forma de gobierno en cualquier momento que así lo decida.

Ya no podemos decir que tenemos un gobierno corrupto, eso es muy poco; tal como lo demostró el Tribunal Permanente de los Pueblos, y tal como se ha podido corroborar con el caso de Ayotzinapa, Tlatlaya, Nochixtlán, entre muchos otros, lo que tenemos, es un GOBIERNO CRIMINAL, y como mexicanas y mexicanos, tenemos que hacer que paguen por sus crímenes, que prevalezca la verdad y la justicia, que sistemáticamente nos han negado.

Necesitamos construir un proyecto de liberación nacional que no dependa de una sola persona, en donde todos seamos iguales; tal como lo hizo Samuel Ruíz con la iglesia del pueblo. A pesar de que él ya no está, es mucha la gente que continúa con su camino; en el que él fue uno más entre todas las personas. Así también estamos haciendo la organización de la Nueva Constituyente, en la que yo participo como un compañero más, y que está conformada por comités locales y estatales, que de manera horizontal tomamos decisiones a través de una coordinación nacional, compuesta por todos los comités, y en asambleas nacionales.

La propuesta del CNI, la vocería de Marichuy, no se contrapone a la Nueva Constituyente, ni la Nueva Constituyente se contrapone al proyecto de ellos. Ambos son proyectos del pueblo y para el pueblo. A nivel nacional, e independientemente del proyecto del pueblo en el que se decida participar, lo que necesitamos es hacer crecer la organización, que en muchísimos pequeños grupos se dé la discusión sobre nuestra realidad, sobre el país que tenemos, sobre el país que queremos tener, y sobre las acciones y organización que como pueblo mexicano debemos hacer para lograrlo.

Para arreglar al país, tenemos que hacer rendir cuentas tanto al presidente de la República como a los presidentes municipales locales, junto con todos los otros funcionarios que han gobernado en contra del pueblo mexicano. Deben comparecer frente a la justicia.

En la Nueva Constituyente no estamos diciendo que "tiene que ser de melón o de sandía". No estamos diciéndole a la gente si debe votar o no votar, eso lo decide cada quien, pero debemos aclarar que como Nueva Constituyente no vamos a promover ninguna candidatura de algún partido político o candidatura independiente. Sin embargo, respetamos a todas y todos aquellos que de manera personal o por decisión colectiva de la organización en la que participen, quieran votar por Marichuy o por cualquier otro candidato independiente, además, quien quiera apoyar a Marichuy o a algún otro independiente, es bienvenido también a formar parte de la Nueva Constituyente, teniendo presente que el camino de la Constituyente va más allá de los tiempos y propuestas electorales, y que por lo mismo, no podemos hacer campaña ni apoyar ninguna candidatura.

Se trata de que trabajemos todas y todos para organizarnos, para hacer justicia, para salvar a México del gobierno criminal que tenemos, y para ser luz no solo en México, sino en todo el mundo, demostrando que es posible salirnos del capitalismo neoliberal y hacer un verdadero gobierno del pueblo, y un proyecto nacional que va a ser nuestra nueva constitución, hecha por la voz de todas y todos los mexicanos, que así la defenderemos de cualquiera que quiera volver a pasar por encima del pueblo en beneficio propio.

Los invito a seguir organizándonos, resistiendo, a no perder las fuerzas, a no perder nuestro amor vivo por todas las personas de este país y de todo el mundo. A continuar luchando por la verdad, la justicia, la dignidad para todas y todos, y sobre todo, a no perder las esperanzas en que lograremos lo que como pueblo nos propongamos hacer.

La Nueva Constituyente en el Centenario de la Constitución

5 de febrero de 2017 -NCCP

Hoy se cumplen 100 años de nuestra Constitución Política Mexicana. El documento legal más importante que da cuenta de la unidad del pueblo soberano. En este centenario, nosotras y nosotros, quienes lanzamos hace dos años la propuesta de crear una Nueva Constituyente Ciudadana Popular, hacemos nuestros los preceptos fundamentales de este documento para emprender la tarea más grandiosa: refundar el país.

La soberanía dimana del pueblo es una noción que permea en el pueblo de México al menos desde 1814, cuando tuvo su primera formulación escrita en los *Sentimientos de la Nación* proclamados por José María Morelos. Luego quedaría plasmada en la Constitución de 1857 y de 1917. Desde entonces, el postulado de que el pueblo es la base del gobierno, de que de él nace y se instituye el poder para gobernar la nación, de que desde su poder se construye la unidad nacional y se traza el sentido y destino de la patria ha sido la base de todas las luchas populares, que sin conocer a fondo ni de modo erudito el contenido de sus leyes, saben que por el trabajo y sacrificios, por las resistencias y revoluciones a las que se han lanzado nuestros ancestros desde la invasión europea, esas batallas se han constituido en la fuente primigenia de derecho y que, aunque los gobiernos desde el México independiente -salvo decorosas excepciones- se han sostenido dándole la espalda a este fundamento, el pueblo mexicano ha logrado desde entonces que esta ley quede escrita, para que nunca se olvide esta verdad y que en casos tan adversos como el que vivimos hoy, estas palabras sean la herramienta de la nueva revuelta que

tiene bajo sus hombros la fuerza acumulada de 500 años de luchas y el deber de lograr de modo definitivo el ejercicio del poder soberano.

La soberanía no puede separarse de la idea de unidad de quienes nace. Esos seres tan iguales, entre tanta diversidad que los conforma, para que una sola palabra los identifique como tales: el pueblo. La unidad de México como nación viene de tiempos previos a la conquista. Esta unidad contiene también una ideas de igualitarismo muy fuertes que se han logrado con movilizaciones masivas, el sacrificio, la sangre y una conciencia fortísima de la necesidad del bien común. Un bien común que no es una fórmula abstracta, sino expresión de nuestras visiones indígenas sobre el papel de nosotras y nosotros en el mundo, de nuestra relación con la naturaleza, con otras regiones del mundo y de la forma de relacionarnos entre compatriotas. La unidad se expresa al llamarnos pueblo. Hablamos de pueblo y no de pueblos, no para negar la gran diversidad de comunidades que hay en México, sino porque desde abajo, la palabra pueblo define una específica forma de unidad nacional de los iguales, de las y los de abajo, de quienes construyen día a día México, y no de quienes lo dañan y que en momentos en que puede verse en riesgo su dominio hablan de una unidad en la que ellos están por encima del pueblo y en la que este sólo sirve para seguir sosteniendo su dominio injusto.

Junto a la soberanía, la justicia social es el fundamento de la organización de la vida, del trabajo, del territorio y de una nación que debe ser soberana y detentar como propios sus bienes. Una justicia que parte del reconocimiento de la dignidad de hombres y mujeres, de sus derechos a la salud, educación, trabajo, vivienda y tierra para labrar; es la justicia que no puede ser mientras exista la pobreza. De esa idea de justicia social, la democracia y la libertad tienen una identidad que va más allá de las concepciones dominantes. En sus fundamentos, la democracia sólo puede ser tal si representa el ejercicio del poder del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, atañe a todos los ámbitos de lo político y no sólo a un sistema electoral simulado. La libertad, en ese mismo sentido, no es la libertad egoísta de propietario privado que apela a ella para aplastar a los demás, es la libertad del pueblo para regirse, definir su camino, organizarse

y vivir; es la libertad que reclama el derecho a la vida contra tanta muerte, la libertad de hombres y mujeres para también, en el plano personal decidir sobre sus cuerpos; es la libertad que se enfrenta a cualquier colonialismo y dominación.

Y en la herencia que reclamamos en este centenario, acosados permanentemente por las potencias extranjeras, hemos desarrollado una conciencia antiimperialista sin la que no es posible pensar la nación. Ante las invasiones española, francesa y estadounidense siempre fue el pueblo el que, con abnegación y contra todos los cálculos previsibles, logró expulsar una y otra vez a los extranjeros. El artículo 136 de nuestra Constitución constata este antiimperialismo y previene de cualquier acto de traición al poder soberano, tanto de fuerzas imperialistas como por aquellos que usurpando el poder del pueblo, funcionan como administradores de los saqueos posibles.

Estos principios están contenidos en la Constitución de 1917 y los recuperamos. Pero también es necesario hacer un ajuste de cuentas histórico. Las tensiones entre la Revolución y la Contrarrevolución de inicios del siglo XX quedaron plasmadas en el texto. Tan grande era la fuerza popular, que a pesar de ser derrotada, los principios de la Constitución quedaron marcados por ella, y no por las fuerzas triunfantes, que tuvieron que asimilarlas para poder gobernar. La Posrevolución tuvo que asumir las demandas populares, pero negando permanentemente su raíz radical. Sobre todo negó las formas de gobierno populares e instituyó un gobierno ajeno al pueblo. A la larga, esta ausencia de democracia, junto al monopolio de la fuerza, además de ensanchar la brecha entre gobernantes y gobernados y de incumplir las demandas de justicia social, permitieron que se fuera enquistado un poder entreguista y traidor a la patria, que subordinado siempre a los designios de los más ricos de México y el mundo, terminó por diluir al máximo los principios de democracia, justicia social, igualdad, soberanía, independencia y libertad que contiene la Constitución.

Sobre todo en lo que se le dice “neoliberalismo”, quienes gobernaron lo hicieron a espaldas y en contra del pueblo. En los últimos 40 años

la entrega del país a las grandes corporaciones fue brutal. Ocurrió una ocupación cómplice en la que las clases dominantes cedieron a las metrópolis casi por completo todos los bienes que permiten el sostenimiento de México. Ellas han saqueado más en estos 40 años que todo el tiempo de la colonia, la independencia y la postrevolución. Destruyeron el ambiente casi de forma irreparable, abandonaron el campo original para reemplazarlo con un campo agroexportador, desmantelaron la industria nacional original para reemplazarla con una industria básicamente extranjera, aumentaron como nunca antes el desempleo, la emigración, la pobreza y la desigualdad y gobernaron sobre todo a través de una represión implacable de la protesta social y el terror generalizado, militarizando todo el país y haciendo de la destrucción de los tejidos sociales y de los asesinatos y las desapariciones el pan de cada día.

Aunque la llegada de Donald Trump posiblemente terminará con importantes reglas neoliberales del juego, lo cierto es que la presente crisis del libre comercio está siendo encaminada para que quienes más desmantelaron y entregaron a la nación puedan hoy mantenerse encabezando la supuesta defensa y la unidad nacional. Posiblemente los nuevos saqueos podrían ya no hacerse a nombre del libre mercado, pero el principal peligro del momento actual estriba en que si la presente oportunidad histórica de cambio no es determinada significativamente por las necesidades nacionales y la voluntad popular, nuestra miseria y saqueos seguirán aumentando, mientras nuestros muertos y desaparecidos seguirán creciendo, invisibilizados aún más.

Aunque ciertamente requerimos de una gran movilización para la defensa de la nación que nos permita reajustar nuestras relaciones con Estados Unidos, lo inmediatamente cierto es que la nueva careta patriotera de quienes han sido por treinta años los auténticos traidores a la patria sólo está encaminada a hacer tiempo, mientras logran entender las nuevas reglas económicas, políticas y militares de la nueva entrega nacional al nuevo vecino imperial.

La entrega del país seguirá pero de modos más brutales, solo que

ahora con un nivel de legitimidad que no tenían. Tratarán de robarnos las palabras nuestras que habían dejado de usar. Volverán a hablar de pueblo, de nación, de unidad…. Pero nosotras y nosotros no podemos cederles ese lenguaje, nos toca defender nuestros símbolos, nuestras formas de identificarnos y reconocernos. El miedo a la posible invasión de Estados Unidos y la pobreza ocasionada por el desastre económico que causaron, serán utilizados para llamarnos a confiar en las instituciones.

Nosotras y nosotros seguimos trabajando desde la base, buscando la unidad del pueblo y apelando a que se realice desde ya lo que dice el artículo 39 de la Constitución. Que con base al artículo 136 de esa misma Constitución sean depuestos y juzgados los que actuaron en contra de sus principios y que nuestra ley suprema le quitemos todas los cambios contrarios a sus principios que le hicieron, para desde esa base, en su momento y ya con toda la fuerza necesaria, conformemos una Nueva Asamblea Constituyente de la que saldrá una nueva Constitución. Así como la Constitución de 1917 se basó en la de 1857, la Nueva Constituyente saldrá del vientre de su antecesora. En sus fundamentos radican las fuentes de legitimidad que nos permiten levantar hoy este proyecto.

La refundación de México del pueblo, por el pueblo y para el pueblo es nuestro punto de partida y de llegada. En ese caminar vamos desatando la esperanza de la posibilidad de cambio. Seguimos con la idea de escribir una Constitución desde la gente, pero lo haremos basándonos en las bases revolucionarias que contiene la de 1917 y tendremos que desatar una fuerza social muy grande para que esta se realice.

En el centenario de la Constitución nos queda claro que no podemos confiar en que los tiempos por sí solos hagan viable nuestro proyecto. No podemos confiar en las bondades de un sistema, en sus tiempos ni reglas del juego. Nuestra acción para ser eficaz sólo podrá venir de un fuerza que logre alterar todo. Para florecer la Nueva Constituyente requiere de acción, de mucho trabajo y empeños tan grandes que hagan evidente lo que hoy parece imposible: que el

pueblo de México se levante, se transforme por entero y se gobierne a sí mismo con justicia, democracia, igualdad, libertad y soberanía.

A cien años de la Constitución, México renacerá desde las entrañas de su pueblo. Con esa esperanza y con todo nuestro empeño haremos realidad la Nueva Constituyente Ciudadana y Popular.

¡Victoria donde el pueblo manda!

Nueva Constituyente Ciudadana Popular
NCCP

Contacto:
contacto@nuevaconstituyenteciudadanapopular.org

www.nuevaconstituyente.org